Class LB41
Book .T85

REPUBLICA DE PANAMA

EL IDEAL EDUCATIVO DEL PRESENTE

Y OTROS DISCURSOS

POR

JEPTHA B. DUNCAN

Licenciado en Letras por la Universidad de París
Subsecretario de Instrucción Pública Encargado del Despacho

PROLOGO DE CRISTOBAL RODRIGUEZ

PANAMA
Imprenta Nacional
1919

REPUBLICA DE PANAMA

726
1119

EL IDEAL EDUCATIVO DEL PRESENTE

Y OTROS DISCURSOS

POR

JEPTHA B. DUNCAN
Licenciado en Letras por la Universidad de París
Subsecretario de Instrucción Pública Encargado del Despacho

PROLOGO DE CRISTOBAL RODRIGUEZ

PANAMA
Imprenta Nacional
1919

LB41
.I185

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Como se sabe, es dable considerar la Pedagogía, ora como una ciencia sometida a principios racionales uniformes e inmutables en todo el linaje humano, o bien a manera de un arte sujeto a concepciones individuales por eso mismo disímiles o cambiantes, según la índole específica de los alumnos y, además, las inclinaciones y tendencias propias a cada educador; pero es asimismo bien sabido en todos los casos, y sin que haya al respecto la más leve sombra de disparidad de opiniones, que esa discipli-

na está incluida hoy en el número de los llamados estudios sociales, o si se prefiere, forma parte de la Sociología.

«El concepto de la *Pedagogía social* significa, dice el Profesor Pablo Natorp en sesuda obra que lleva el mismo título, el reconocimiento fundado en principios de que la educación del individuo, en toda dirección esencial, está condicionada *socialmente*, así como, por otra parte, una conformación humana de la vida social está fundamentalmente condicionada por una educación adecuada de los individuos que han de tomar parte en ella». En el mismo sentido ha podido escribir el profesor estadunidense Irving King en su libro *Social aspects of education*, que «el desarrollo de las modernas ciencias de la sociología y la psicología social ha proporcionado los principios de

una ciencia de la educación, más amplia que la que era posible cuando la psicología era la única ciencia pura sobre la cual podían edificarse la teoría y la práctica sociales.»

Esta concepción de la Pedagogía, última etapa de su desarrollo histórico, obliga naturalmente a todo el que pretenda engolfarse en disquisiciones educativas, cualquiera que sea el carácter con que lo haga a conformarse con el corte sociológico que aquélla tiene a la hora presente; corriendo el riesgo, si no lo hace así, de exteriorizar ideas impertinentes por lo anticuadas, aunque muy apreciables por otros conceptos.

Ahora bien, el horroroso conflicto armado que durante cuatro años ha devastado a Europa principalmente, cuna de nuestra civilización occidental, ha venido a

introducir en el mundo del pensamiento nuevos cánones o, para servirnos de expresión consagrada en la especulación filosófica, nueva escala de valores morales antes inexistentes o apenas sospechados, y de los cuales no será lícito prescindir en lo sucesivo. En esto estriba nada menos que el mérito principalísimo, más saliente, de los discursos pronunciados por el señor Jeptha B. Duncan, Subsecretario de Instrucción Pública encargado del Despacho, con motivo de la distribución anual de grados en nuestros tres grandes planteles de enseñanza secundaria y profesional, contenidos en el presente folleto.

Una sugestión que espontánea y naturalmente había de alzarse en la mente de Duncan, al dirigirse a los jóvenes graduados de la Sección Normal del Instituto Nacional, ese

crisol espiritual de la vida republicana y democrática de Panamá, es el culto de la que pudiéramos llamar educación humanitaria, casi ignorada entre nosotros; educación que no prepara al ciudadano para rendir pleitesía o servir de escabel a determinadas clases sociales, llamadas superiores o dirigentes, en consonancia con las soñaciones pedagógicas de un Platón; ni siquiera para satisfacer de preferencia los intereses exclusivamente propios de cada pueblo, a usanza de las prédicas de algunos idealistas postkantianos capitaneados por Fichte; y menos todavía en honor de las aspiraciones propias de cada individuo como quería Rousseau y siguen queriendo algunas escuelas socialistas modernas. El ideal educativo del presente que, con justo tino y marcado sabor de actualidad saca a relucir Duncan ante los jóvenes

normalistas graduados es, según hemos indicado, una concepción más elevada y altruista, extraña a todo sentido egoísta, así del individuo como de las naciones: ese que hace del hombre llegado al cénit de su desenvolvimiento intelectual y moral, un ciudadano de la vasta confederación de todos los pueblos del orbe, en suma, un servidor de la humanidad. Indiscutiblemente, al desechar Duncan como lo ha hecho, las tres tendencias educativas expresadas anteriormente, ha tenido presentes entre otras las enseñanzas dignificantes de un gran educador contemporáneo, John Dewey, consignadas en su obra *Democracy and Education*, para exteriorizar una tesis propia y personal, respaldada por la autoridad del Presidente Wilson y de Nicholas Murray Butler, Presidente de la Universidad de Columbia.

«Así llegaremos a la conclusión de que el ideal que en adelante habrán de perseguir nuestros sistemas de educación, será el reemplazar en todo individuo la impulsión nativa y estrechamente individualista, con el poder activo de los móviles sociales, ensanchando el radio de éstos, no solamente para que abarquen intereses de carácter nacionalista, sino también intereses y aspiraciones que preocupan a la humadad entera.»

Como sugestión correlativa brindada a las señoritas graduadas de la Escuela Normal de Institutoras se destacan en primera línea las posibilidades que el mundo entero se aviene a reconocer a la mujer, de equipararse con el hombre en el ejercicio de cuasi todas las actividades, en el comercio y la industria, no menos bien que en el relevante culto de las letras, las ciencias y

las artes; reconocimiento este que dista mucho de ser mero galanteo del sexo fuerte para con su bella mitad, siendo en rigor de verdad expresión genuina de un pensamiento caldeado por la generalidad de las personas de recto sentir y juicioso pensar: fruto en cierta manera de la experiencia de cuatro años, aprendida nada menos que en los países más adelantados de Europa y en los Estados Unidos, actores en la grandiosa conflagración bélica, en donde «la mujer ha llegado a reemplazar al hombre en las labores más arduas y más delicadas con éxito tal, que como acertadamente se ha dicho, en adelante el hombre tendrá por fuerza que despojarse de prejuicios infundados y considerarla su igual en capacidad para el trabajo y en merecimientos por el esfuerzo que ella ha aportado en los instantes álgidos de la lucha.»

En la gran obra de trnsformación mundial que se aproxima; y en el espancimiento humanitario que es de desear constituya el resorte educativo del mañana inmediato, corresponde desempeñar papel principalísimo al maestro de escuela por cuanto nadie está mejor capacitado que él para infiltrar paulatina e insensiblemente esos ideales en el ánimo de las nuevas generaciones. Los conceptos emitidos por Duncan, felices en la expresión y muy acertados en su esencia, no dejan cosa alguna que desear al respeto. «En ello, dice al autor, debe el maestro poner todo su tacto y toda su habilidad para sacar partido de las enseñanzas particulares que imparta, de modo tal, que su enseñanza general, quede saturada de sugestiones y tendencias que predispongan a los educandos hacia un espíritu de cooperación social y

de vida en comunidad, en nada ajeno o indiferente, a los ideales y a las aspiraciones de las otras grandes familias étnicas y agrupaciones políticas que junto con nosotros forman la humanidad.»

Mucho nos tememos, sin embargo, que en punto al ideal educativo de la mujer panameña, el Subsecretario de Instrucción Pública no haya recogido los aplausos fervorosos y sin reserva que se merece, de parte de todo el público femenino que le escuchó en la Escuela Normal de Institutoras; como es de temer asimismo que no todas nuestras damas al leer el discurso intitulado *La mujer ante la democracia* dispensen a su autor toda la aprobación a que, sin embargo, se hace él acreedor. Y, a buen seguro que no faltaría exceso de razón a nuestras buenas damas, si arrancasen del principio, por demás bien arrai-

gado en muchos hombres, de aplaudir y celebrar únicamente aquello que nos halaga y lisonjea, y sólo cuanto nos adula y envanece. Pero siendo en su máxima mayoría juiciosas e inteligentes, fácil les será dar de mano a los llamamientos del amor propio herido a trueque de apreciar en todo su alcance las sugestiones de una educación sana, prudente y racional como es la que, después de todo, contemplan las palabras de Duncan; y, por poco que reflexionen al respecto comprenderán que dadas las condiciones *sui ge neris* de la vida ciudadana en Panamá, se hace preciso en aras del patriotismo que la mujer panameña colabore eficiente y realmente en el afianzamiento de nuestra nacionalidad. Ello es tarea de mucho momento, de extraordinaria trascendencia y exige, por ende, algo más que la vida fácil cara a no po-

cas de nuestras damas, en la que imperan, por lo general, cual muy acertadamente ha puesto Duncan de relieve, «fines puramente recreativos, sin el menor pensamiento o preocupación por desempeñar algún papel en el desenvolvimiento intelectual de la sociedad y sin tomarse el más insignificante empeño en la consideración de los problemas que tanto aquejan a las modernas sociedades en relación, por ejemplo, con la mendicidad y los huérfanos, la mortalidad infantil y las enfermedades contagiosas, el alcoholismo y los juegos, la organización de la familia, la influencia social del hogar, y tantos otros de igual índole e importancia.»

Bien es cierto también, según ha previsto el autor, que tales conceptos, por lo categóricos y porque la verdad es amarga, pudieran dar margen a que se les juzgue exa-

Y explica que sus palabras se refieren a organizaciones de fines relevantes por ser intelectuales o caritativos, como el *Club Ariel* y la *Cruz Roja Nacional*, respectivamente.

Conviene que a estos discursos se dé la mayor circulación posible, entre todos los que de una manera u otra se interesan por el movimiento literario del país, pero especialmente, entre maestros y profesores por razones sobre las cuales apenas si se hace necesario insistir. No dejará, en verdad, de ser harto satisfactorio para los últimos, que uno de los suyos, uno de la garrida falanje de educadores, colocado en alta posición administrativa del Ramo, baje a la liza de las publicaciones populares a esparcir la simiente de sus ideales sobre una causa que nos es común y en la que se cristalizan nuestras dichas y frui-

ciones íntimas, nuestras inquietudes y desvelos más caros.

El presente folleto se hace de consiguiente digno de la acogida más entusiasta, sincera y benévola de parte de quienes dedicamos nuestro existir a la sacratísima aunque nada lucrativa carrera de la enseñanza: preciosa contribución intelectual que nos brinda un colega y que, de manera muy particular, llevará a los maestros de las comarcas reculadas de la República apreciaciones y puntos de vista enteramente oportunos, casi pudiéramos añadir nuevos, sobre la educación de la juventud y con ellos sugestiones asimismo valiosas que poder aprovechar en el desempeño de su gallardo ~~misterio.~~ *ministerio.*

CRISTÓBAL RODRIGUEZ.

Panamá, Febrero 13 de 1919.

EL IDEAL EDUCATIVO DEL PRESENTE

DISCURSO

pronunciado en el Aula Máxima del Instituto Nacional en la noche del 31 de Enero de 1919 con motivo de la distribución solemne de Diplomas a los alumnos graduados de la Sección Normal.

EL IDEAL EDUCATIVO DEL PRESENTE

Excelentísimo señor Presidente de la República:

Señores:

Pocos días después de firmado el armisticio que marcó el fin del conflicto por que hemos atravesado, en una mañana luminosa, descendía por la Quinta Avenida de la ciudad de Nueva York, un desfile de varios miles de Boy Scouts. Marchaban esos jóvenes con paso firme y resuelto, la mirada alta y el ademán serio, granjeándose la admiración de quienes presenciaban el acto.

Iban acompañados de varias bandas de música y desplegaban al aire iluminado, múltiples banderas y estandartes, entre los cuales figuraba uno que llamó la atención general.

Ese estandarte era blanco, sencillo, y en él, en letras negras, se leía esta simple frase:

«The war is done, but our duty is not done.»

«La guerra ha terminado, pero nuestro deber no ha terminado.»

. . . . . .

Señores: A mi ver nada hay tan simbólico como estas palabras. Nada que caracterice mejor el espíritu que debe guiarnos en la hora presente en los ramos de nuestra actividad sea ya como individuos o como ciudadanos. Nada que señale con mayor claridad las orientaciones que deben seguir nuestros esfuerzos en todos los terrenos de la vida na-

cional y sobre todo, en el terreno de la educación pública.

Un panorama maravilloso, rayano en lo fantástico, hechos y gestos nunca antes soñados, se desarrollan y se desenvuelven en estos momentos ante nuestros ojos y se coloran de un significado extraordinario cuando con la imaginación, nos trasladamos a lo que era el mundo al comienzo del mes de agosto de 1914.

Vemos hoy surgir repúblicas donde ayer no más, en insolente boato, florecían tronos cuya estructura parecía eterna; vemos pueblos y razas que yacían postrados bajo el yugo de la tiranía, levantarse con entusiasmo y fervor desconocidos, en vísperas ya de realizar aspiraciones acariciadas durante siglos; vemos arrogantes imperios que el tiempo y las tradiciones habían al parecer consagrado, erguidos sobre columnas y fundamentos de hierro, pero cuya

al conferirle esa veneranda institución el grado de Doctor—fue una guerra entre dos sistemas de cultura—un sistema, el agresivo, que utiliza la ciencia sin conciencia, que despoja el saber de sus restricciones morales y emplea todas las facultades de la mentalidad humana para hacer el mal a toda la raza; el otro sistema, heredero de las altas tradiciones humanas, recuerda todas esas luchas, algunas de ellas obscuras, pero otras, detalladamente reveladas en la historia, de hombres de espíritu indomable esforzándose por doquiera en alcanzar la Justicia, en busca, sobre todas las cosas, de ser hombres libres.»

Y en efecto, en el fondo del conflicto que acaba de finalizar existía la contraposición y el choque entre dos tendencias filosóficas y políticas que desde tiempos remotos se han disputado el dominio del mundo:

una que se funda en la fuerza y otra en el derecho; una en la libertad y otra en el absolutismo; la una en la igualdad y la otra en los más odiosos prejuicios sociales; en una palabra, aquélla en la democracia, y ésta en la autocracia.

Y ello indicándonos está desde luego, que, en efecto, nuestro deber no ha terminado con suprimir las manifestaciones externas de ese espíritu de absolutismo y de reacción, con abolir los efectos de causas profundas o con ejercer sanción sobre actos que traducen ideas; y que por consiguiente, toca ahora al maestro de escuela complementar en el terreno espiritual, la labor de liberación y afianzamiento efectuada por el soldado en el campo de batalla.

Y el momento, señores, es oportuno para obra tan trascendental. La conmoción profunda que hemos sufrido parece haber acrisolado nue-

tras ideas y simplificado nuestros sentimientos; parece haber colocado en medio de una luz clarísima los principios y móviles más fundamentales de nuestras creencias y conducta, desde donde hemos de ver si responden o no a las orientaciones nuevas que señala la hora presente, es decir, si habremos o no de modificar el ideal educativo que hasta aquí nos ha servido de norte.

No es posible que en esta hora de de amplitud y de confraternidad podamos inspirarnos en el ideal Platónico de la educación y preparar al individuo para la clase, ni tampoco que abrevemos en los principios educativos individualistas basados en el naturalismo de Rousseau, ni que cedamos al influjo del austero nacionalismo educativo, nacido en Alemania al golpe de las conquistas napoleónicas, y tendientes a formar al ciudadano para el Estado y no al hombre para la humanidad.

El radio del ideal educativo del presente debe ampliarse si es que ha de responder a las necesidades del momento, y si es que vamos a ser sinceros con nosotros mismos y a dar estabilidad a los nobles proyectos que en estos instantes discute el Congreso de la Paz.

Corresponde, por consiguiente, al maestro de escuela y al profesor ponerse al unísono con las hondas pulsaciones de esta hora solemne en que el espíritu democrático da la nota característica a todos los problemas y a todos los esfuerzos, a todas las esperanzas y a todos los propósitos.

Corresponde a todos aquellos que de algún modo intervienen en la difusión de la enseñanza y el esparcimiento de la cultura, advertir que entre las consecuencias que ese espíritu implica está la convicción a que nos ha conducido la experien-

cia, de que en adelante, la conservación incólume de la grandeza y del honor de una Nación, no debe considerarse como función que solamente incumbe a determinados órganos gubernativos, sino a la Nación entera mediante la coordinación de los esfuerzos del Estado y de los ciudadanos todos.

Correspóndenos penetrarnos de la necesidad apremiante de que la autoridad y la libertad no han de ser, dentro de lo racional, antagónicas, sino que por el contrario, han de respetarse mutuamente y habituarse a combinar sus recursos, sus facultades y sus esfuerzos, en una coloboración leal e inteligente por el bien común.

Y si el espíritu democrático implica este entendimiento y esta armonía interna, también comprende el renunciamiento de las aspiraciones estrechas y egoistas que han

inspirado la educación y la conducta de los pueblos en el pasado, y el abandono de ese individualismo exagerado que ha venido haciendo creer que las naciones son entidades en sí que nada tienen que ver ni con las existencias humanas que las integran ni con los demás países que la circundan.

Y tal finalidad exigirá la correlación entre las aspiraciones de carácter nacional y aquellas otras más amplias, de espíritu internacional, correlación que hasta hoy ha constituído uno de los problemas más árduos a que han tenido que hacer frente los educadores.

Se reconocía que si algunos campos de la actividad humana, como la Ciencia, el Arte y el Comercio, trascienden las fronteras nacionales, establecen dependencias entre unas naciones y otras y exigen cooperación entre ellas, por otra par-

te, el principio influyente de la soberanía nacional y la creencia general, aunque tácita, de que cada país vive en estado de hostilidad potencial para con sus vecinos, parecía imposibilitar el ensanchamiento del radio del ideal educativo, so pena de cometer atentado contra los cánones del patriotismo.

Tal problema, sin embargo, toma otro aspecto y tiende a resolverse cuando advertimos hoy cuán magna y estrecha es la dependencia de las naciones entre sí y a qué punto repercute en todas lo que ocurre en una de ellas, y al ver, sobre todo, en el concepto internacionalista, no el sentido viciado que ciertas minorías socialistas, el anarquismo y ahora el bolshevismo, le han atribuído de motu propio, cayendo en el absurdo de imaginarse que lógicamente pueda haber internacionalismo que no implique la existencia de na-

ciones reales y conscientes, sino el sentido elevado y noble que se desprende del idealismo wilsoniano y cuyo espíritu es el mismo que define el Dr. Nicholas Murray Butler, Presidente de la Universidad de Columbia, cuando dice que es el «hábito de pensar en las relaciones y negocios extranjeros y tratar acerca de ellos en un espíritu que considera a las diversas naciones del mundo civilizado, como amigas, iguales colaboradoras empeñadas conjuntamente en el progreso de la civilización, en el desenvolvimiento del comercio y de la industria, y en la difusión de la cultura y la ilustración a través del mundo».

Es indudable, señores, que el desarrollo de ese espíritu amplio, nacionalista e internacionalista a la vez, a que aludo, y cuyos fundamentos básicos deberán ser los principios y prácticas de la demo-

cracia, exigirá que armonicemos nuestra teorías educacionistas con las necesidades del presente. Así llegaremos a la conclusión que el ideal que en adelante habrán de perseguir nuestros sistemas de educación, será el de reemplazar en todo individuo la impulsión nativa y estrechamente individualista, con el poder activo de los móviles sociales, ensanchando el radio de éstos, no solamente para que abarquen intereses de carácter nacionalista, sino también intereses y aspiraciones que preocupen a la humanidad entera.

Y la hora no puede ser más propicia para que laboremos en este sentido.

«Hay una ola inmensa de fuerza moral—ha dicho el Presidente Wilson—en movimiento por el mundo en estos instantes, y quien intente oponerse a su avance, caerá vícti-

ma de un esfuerzo infortunado». Y, en efecto, nótase por doquiera cierta atmósfera de cordialidad y de mutua deferencia; existe cierta predisposición general a acoger con simpatía los principios y las prácticas que tiendan a estrecharnos los unos a los otros; en fin, hay cierta diposición en la mente de todos a responder con simpatía al llamamiento que encarnan esas tres palabras elocuentes que son Libertad, Igualdad y Fraternidad.

El momento es llegado, pues, de que el maestro de escuela, empapado como debe estar de los propósitos morales e intelectuales de la época, haga del espíritu ~~dramático~~ democrático amplio y profundo, el alma de su enseñanza.

En la clase de Historia y en la clase de Geografía, en la clase de Castellano, en la clase de Lenguas Modernas y en la clase de Instruc-

ción Cívica, por ejemplo, hay campo y oportunidad suficientes para infundir ese espíritu con eficacia en el ánimo de los alumnos.

En ello debe poner el maestro todo su tacto y toda su habilidad para sacar partido de las enseñanzas particulares que imparta, de modo tal, que su enseñanza general, quede saturada de sugestiones y tendencias que predispongan a los educandos hacia un espíritu de cooperación social y de vida en comunidad, en nada ajeno o indiferente, a los ideales y a las aspiraciones de las otras grandes familias étnicas y agrupaciones políticas que junto con nosotros forman la humanidad.

Esta acción trascedental que esperamos del maestro será lenta, ciertamente; ella será tarea de siembra, proceso de infiltración; pero penetrado de lo elevado su mi-

sión nueva y poseído del temple de ánimo adecuado, bien podrá el maestro orientar la mente y el corazón de sus alumnos hacia el deseado ideal, que en lo que respecta al radio de su comprensión, está todo en esencia en estas hondas frases escritas por el Coronel Roosevelt poco antes de morir, y en cuya concepción sentimos que ha palpitado el recuerdo del padre estóico por el hijo muerto en el cumplimiento del deber, la preocupación del patriota por el engrandecimiento de su país y el pensamiento fuerte y lozano de un hombre de acción infatigable.

«Sólo merecen vivir—exclama—quienes no temen a la muerte, y es indigno de morir quien ha huido del goce y del deber de la vida. Jamás país alguno será digno de que en él se viva, si sus hijos no son de ese temple severo que los

disponga a dar en ocasión su sangre por él; y jamás país alguno será merecedor de que por él se muera, a menos que sus hijos consideren la vida, no como algo que sólo interesa al carácter efímero y egoísta del individuo, sino como un eslabón en la magna cadena de la creación y de las primeras causas, al punto de que cada cual se contemple en sus relaciones verdaderas como parte esencial del todo, y cuya vida debe estar al servicio de aquella otra más amplia e infinita, que es la vida de la humanidad.»

LA MUJER ANTE LA DEMOCRACIA

DISCURSO

pronunciado en la Escuela Normal de Institutoras en la noche del 30 de Enero de 1919 con motivo de la entrega solemne de diplomas a las alumnas graduadas.

LA MUJER ANTE LA DEMOCRACIA

Excelentísimo señor Presidente de la República:

Señores:

Tengo motivos para sentir cierta satisfacción al encontrarme esta noche en este recinto con el fin de hacer entrega a las alumnas graduadas del plantel, de los diplomas que las acreditan como maestras de primera enseñanza.

Ante todo me complace mi regreso al ramo de Instrucción Pública por el cual siempre he sentido hondas simpatías y en cuyo seno, ya por la parte que he desempeñado

mi concepto, del paso que, debido al conflicto por que ha atravesado la humanidad, ha dado la mujer en el terreno del progreso social.

El Dr. G. Stanley Hall, Presidente de la Universidad de Clark y autor de una obra sobre la «Adolescencia» que debiera ocupar puesto en la biblioteca de todo maestro, declaraba recientemente que en doce meses, el mundo había progresado lo equivalente a cien años; pero bien puede asegurarse que en algunos respectos, el progreso ha sido aún mayor, pues en nada volveremos al estado en que nos encontrábamos en julio de 1914.

La observación ha demostrado, dice en alguna parte John Stuart Mill, que todos los grandes movimientos de progreso efectuados por la humanidad han sido acompañados invariablemente de una elevación de la mujer en la escala

social, y ello ciertamente se está verificando en el mundo en estos momentos.

Nada, en efecto, ha sufrido mayor modificación debido a la guerra que la mujer y el concepto que de ella era aceptado como corriente y justo.

En la vida moderna, la mujer siempre ha aparecido cual problema de difícil solución, y sin duda a hacer aún más complicado ese problema, han contribuído consideraciones de orden supersticioso y tradicional, de orden religioso y afectivo. Ella ha sido un problema vasto e intrincado ya sea que fuese examinado desde el punto de vista social o desde el punto de vista industrial, desde el punto de vista cívico o desde el punto de vista educativo.

Y si aún no hemos llegado tal vez a la solución deseada y com-

pleta, sin embargo, no hay duda de que se ha efectuado un gran avance —y, lo que es digno de apuntarse,— es que ese avance se debe sobre todo, a la acción espontánea y solitaria de la mujer misma.

Ese paso adelante dado por ella ha sido el resultado de su labor eficiente en las industrias y en las profesiones técnicas, en los ramos administrativos y en las ocupaciones de carácter social; en fin, en todos los ramos de la actividad humana, en donde su inteligencia, su laboriosidad, su buen sentido y su abnegación le han granjeado un puesto en la estima general de que hasta el presente no había gozado.

En los Estados Unidos, en Inglaterra, en la misma Alemania y particularmente en Francia, la mujer ha llegado a reemplazar al hombre en las labores más árduas y más delicadas con éxito tal, que

como acertadamente se ha dicho, en adelante el hombre tendrá por fuerza que despojarse de prejuicios infundados y considerarla su igual en capacidad para el trabajo y en merecimientos por el esfuerzo que ella ha aportado en los instantes álgidos de la lucha.

Y si la labor de la mujer ha sido digna de encomio en las faenas materiales, ¿qué decir de su labor de notabilísima eficiencia en el terreno intelectual y en particular, en el campo de la educación?

Allí también ha reemplazado ella al hombre en todos los ramos de la enseñanza, y con un éxito acaso nunca antes alcanzado.

Estos hechos, señores, hacen creer que en adelante la intervención de la mujer y su influjo en la resolución de los problemas sociales existentes en nuestras democracias, ha de ser infinitamente mayor que antes de la guerra.

Han desaparecido ciertos prejuicios respecto de ella y se han desmoronado no pocos obstáculos que parecían oponerse a una mejor inteligencia entre el hombre y ella, en relación con las cuestiones hondas de la existencia y con los asuntos de trascendencia para la comunidad.

Y si ello es así, parece evidente que la educación de la mujer deberá sufrir las modificaciones que las circunstancias reclaman para que ella pueda desempeñar con éxito el nuevo papel que ha de corresponderle en la éra de reconstrucción que se avecina.

Y tales modificaciones son tanto más necesarias, en mi concepto, cuanto que es preciso reconocer que en lo que respecta a la educación femenina en nuestros países latino-americanos, ella adolece de defectos y contiene omisiones esenciales.

Entre nosotros y en los países análogos al nuestro, no se ve esa participación de la mujer en la organización y marcha de la sociedad como lo vemos, por ejemplo, en los países anglo-sajones y especialmente en los Estados Unidos.

En nuestros países, la mujer generalmente limita el radio de sus actividades al mundo social del lugar en que reside, y siente escaso interés por el mejoramiento moral o material del medio ambiente. Se forman clubs, es verdad, se organizan círculos, pero tales agrupaciones persiguen las más de las veces, fines puramente recreativos, sin el menor pensamiento o preocupación por desempeñar algún papel en el desenvolvimiento intelectual de la sociedad y sin tomarse el más insignificante empeño en la consideración de los problemas que tanto aquejan a las modernas sociedades

en relación, por ejemplo, con la mendicidad y los huérfanos, la mortalidad infantil y las enfermedades contagiosas, el alcoholismo y los juegos, la organización de la familia, la influencia social del hogar, y tantos otros de igual índole e importancia.

El objetivo que parecen perseguir en la mayoría de los casos nuestros sistemas educativos, es adiestrar en la mujer un sér con alguna instrucción de carácter general y memorístico, con nociones vagas respecto de las obligaciones domésticas, las relaciones entre los miembros de la familia y los deberes de ellos para con la comunidad, y con una preparación para lucirse con más o menos éxito en los salones del mundo social.

Se dijera que es asunto aceptado con antelación que ante las graves crisis de la existencia, la mujer ha

de mantenerse únicamente como mero expectador, como un sér absolutamente pasivo.

El carácter de la mujer, su personalidad, el cultivo de sus energías, su instinto claro y rápido, poco o nada nos preocupan. Como no creemos que ella puede colaborar en la consideración de los problemas sociales, es evidente que no vemos la necesidad de preparar su educación con arreglo a la resolución de ellos.

El resultado lógico de tal estado de cosas es fácil de preveer.

La joven que se aleja de las aulas escolares vivirá en general una vida, no con arreglo a lo que la sociedad moderna en una democracia puede y debe exigir de ella, sino una vida organizada, si es que cabe decir que tiene organización, al parecer para desarrollarse en un ambiente fantástico en que ejercen

influjo las reminiscencias de novelas sentimentales y mórbidas, de poemas vacíos y de tono melancólico, costumbres y prácticas superficiales y estériles y la adulacía perversa y de mal gusto del cronista social de la prensa.

Y según sea la clase a que pertenezca la joven, así será su actuación en ese ambiente artificial. Si ella es humilde o siquiera de clase mediana, dedicará su tiempo probablemente a las faenas de carácter manual, y cuando contraiga matrimonio, correrá riesgo de hacerlo con un hombre de carácter antagónico, cuando no corrompido, cuyas características no estudió a tiempo por no saber cómo, o aceptó resignada porque su preparación escolar no fue la que debió ser para capacitarla en el logro de su propio sostén y gozar de una independencia que la colocara a salvo de las mise-

rias morales de una alianza mal contraída.

Si la joven es rica, de abolengo distinguido y forma parte de lo que entre nosotros llamamos la aristocracia, ya sabemos que sería tal vez algo así como un pecado capital, casi una monstruosidad, que le atraería, si no el desdén o el menosprecio de sus iguales, por lo menos los calificativos de «rara», de «maniática», cuando no de «loca», el que ella pensase en consagrarse a otras cosas que no fuesen las tradicionales visitas a los talleres de modistería, los paseos circulares en el parque en noche de retreta, las correrías vertiginosas en automóvil, los saraos y tertulias del Club y las suntuosas fiestas sociales en general.

Y ahora bien, ¿de qué modo contribuirán estas jóvenes a la solución de los problemas sociales que

se plantean en la comunidad? ¿Cuál será su influencia en favor del bienestar general?

En cuanto a las primeras, las humildes, las más de las veces nos ofrecerán el triste espectáculo de seres desanimados, cuya voluntad ha sido destruída por las privaciones, de seres vencidos en la lucha por la existencia, o bien sus hogares, por culpa tal vez del marido, serán todo menos focos de influencias sanas y vigorosas tendientes a levantar el nivel moral colectivo; y respecto de las segundas, las jóvenes distinguidas, las adineradas, su colaboración al bien general, su labor en pro de la comunidad no excederá, como con acierto se ha observado y doloroso es confesarlo, el límite de su esbeltez y belleza física, de sus toilettes y joyas deslumbrantes y a veces, acaso, de sus talentos artísticos de ejecución o de voz.

Sé muy bien que éste no es un cuadro agradable y que no faltarán quienes, si no niegan rotundamente estos hechos, dirán, por lo menos, para ser benignos, que para producir efecto me valgo de colores subidos que no corresponden a la realidad.

Con todo a tal crítica sólo respondería que pocas cosas hay más amargas en ocasiones que la verdad y que un poco de observación y bastante desprendimiento respecto de nuestros prejuicios y de nuestra vanidad, confirmarían ampliamente estos asertos.

En nuestro caso particular, sin embargo, y me apresuro a declararlo, se nota desde un tiempo para acá, cierta tendencia entre las jóvenes hacia las actividades de orden social, cierto interés que ojalá resulte creciente, en los asuntos de carácter colectivo.

La hora, por consiguiente, parece oportuna para efectuar algunas innovaciones en el espíritu y en la letra de la enseñanza que entre nosotros se imparte a la mujer. Tal vez es llegado el momento de incluír en los cursos de Higiene, en los cursos de Moral y en los cursos de Instrucción Cívica, ciertas nociones que familiaricen a las alumnas con los deberes y obligaciones de la futura esposa y de la futura madre que ha de fundar un hogar sagrado, y de la relación íntima que ello tiene con el vigor y el engrandecimiento de la Patria; algunas nociones sobre el papel que debe desempeñar la mujer en esta era nueva en que el radio de su acción se ha ensanchado y en que el espíritu democrático promete impregnarlo todo; algunas nociones, en fin, sobre los problemas de orden social que surgen a cada paso en la

vida diaria, y hacia los cuales no debe permanecer ella indiferente.

Y de todos estos hechos y de estas consideraciones, señores, se desprende para mí la conclusión de que las nuevas maestras próximas a emprender las labores educativas, van en esta ocasión, envueltas, por decirlo así en una aureola de luz brillante y en un prestigio mayor, á la vez que poseídas de una fe renovada y de una resolución más firme si cabe para el coronamiento de su obra, y durante cuya gestación van a tener seguro estoy, fijas en sí las miradas del país entero y en especial, de todos los que en este momento presenciamos su ingreso solemne en las filas del magisterio.

La labor que de ellas esperamos deberá, desde luego, estar saturada del espíritu democrático que en todas partes se palpa en la hora presente y que, bien dirigidc y secun-

dado por el tacto y la habilidad, no podrá menos de mejorar los resultados de la enseñanza en nuestra sociedad en comparación con los resultados obtenidos en épocas anteriores.

Y a guisa de incentivo para que su labor docente sea aun más benéfica, no deberán ellas perder de vista que el principio fundamental en que descansa la pedagogía contemporánea es el que el deber de toda institución educativa estriba en organizar y en coordinar sus esfuerzos de tal modo, y en mantenerse en tan íntimo contacto con las pulsaciones del medio ambiente en que se encuentra, que los alumnos o alumnas al abandonar sus aulas, no vayan a constituír pesada carga para sus padres o para el Estado, ni mucho menos a cifrar la meta de su ideales en vivir una vida improductiva y frívola, sino que

aumenten la riqueza de la comunidad con su industria, intensifiquen la vida de la comunidad con su saber, y contribuyan a la vida moral de la comunidad con su espíritu, lo que equivale a decir en otros términos, que el deber de los encargados de la labor docente tiene por finalidad suprema la civilización y la cultura democrática y amplia de la Nación, civilización y cultura que no se comprueban, como lo ha dicho Emerson, mediante las cifras del censo, ni el engrandecimiento y el lujo de las ciudades, ni la abundancia de las cosechas ni la opulencia y el boato de los adinerados, sino mediante el temple del ciudadano que produce la Nación.